

BETO CASELLA

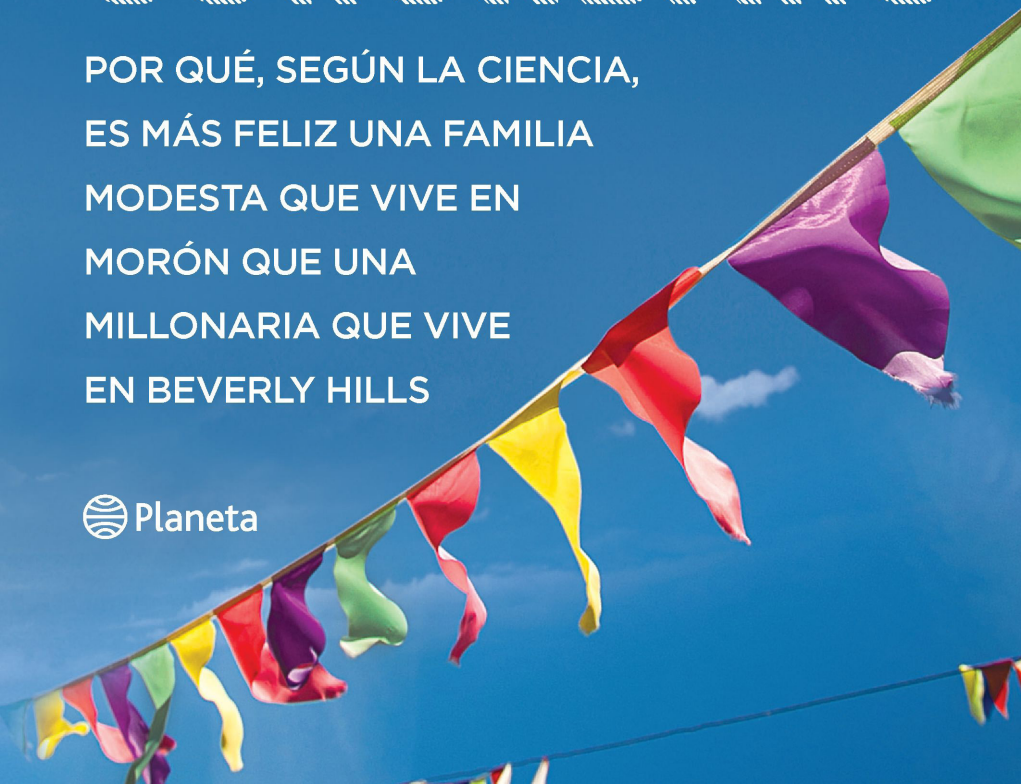
LA FELICIDAD

VIVE EN EL

CONURBANO

POR QUÉ, SEGÚN LA CIENCIA,
ES MÁS FELIZ UNA FAMILIA
MODESTA QUE VIVE EN
MORÓN QUE UNA
MILLONARIA QUE VIVE
EN BEVERLY HILLS

 Planeta



Beto Casella

LA FELICIDAD VIVE EN EL CONURBANO

**Por qué, según la ciencia,
es más feliz una familia
modesta que vive en Morón
que una millonaria que vive
en Beverly Hills**

 Planeta

1

**“LA FELICIDAD...
SON MOMENTOS”**

Digámoslo de entrada: el autor de este libro considera esa frase como la más boba y sin sentido que hayamos escuchado en nuestra vida. Sepa disculpar el lector que la haya pronunciado en una charla con amigos, en algún asado o quizá en una encuesta que preguntaba sobre el tema.

¿Así que la felicidad son “momentos”? Si es así, ¿cuántos?, ¿cuáles?

¿El nacimiento de sus hijos, si es que los tuvo?

¿Una vuelta olímpica, si es futbolero?

¿Aquel día que toda la familia se chupó los dedos con su primera torta de brownie, cuando terminó el curso de cocinera?

¿La vez que se compró su primer auto?

¿Y listo? ¿Ya está? ¿Así que la felicidad es contable? ¿A cuántos “momentos-promedio” nos referimos cuando definimos “la felicidad... son momentos”? Suponemos que a algún sujeto muy poco feliz se le ocurrió esa respuesta alguna vez y con el tiempo se fue difundiendo, penosamente, de boca en boca.

INSISTIMOS, Y CON MAYÚSCULAS: “LA FELICIDAD... SON MOMENTOS” ES UNA FRASE DE INFELICES.

Es que quien escribe estas líneas se niega a pensar que esto deba funcionar así. Al menos, nos resistimos a aceptar que la mayoría de la gente camine por la vida con esa percepción. Porque –y esto no es ninguna

novedad— lo poco o muy feliz que uno pueda sentirse depende, en gran medida, de cómo percibe las cosas que le pasan. Sobran los ejemplos (usted mismo, que tiene este libro en sus manos, puede ser uno) de personas que aseguran: “¡Ahora me doy cuenta de lo feliz que era en esa época!”. La pregunta sería qué cosa no le permitió al “feliz que no se daba cuenta de que lo era” en el momento justo. A esa pregunta fatal puede haber varias respuestas, a saber:

- Era feliz, pero estaba demasiado ocupado para reparar en ello.
- Era feliz, pero consideraba que no se lo merecía.
- Era feliz, pero pensaba que, en realidad, la felicidad “era otra cosa”.
- Era feliz, pero el infeliz nunca se dio cuenta.

Diga la verdad, ahora que lo lee, ahora que lo ve patentizado en forma escrita, ¿no le parece francamente deprimente darse cuenta tarde de que uno, alguna vez, allá lejos y hace tiempo, fue feliz y no lo valoró en su momento? Hay, por supuesto, unos cuantos tangos que versan al respecto. En general, letras descorazonadas de quien en la canción dice que ya peina canas. Sí... se volvió viejo esperando la felicidad. O añorando la felicidad que le pasó por delante de los ojos. Un tango triste.

Dicen que cada cosa que hacemos —incluso antes de que tengamos absoluto uso de razón— desde prendernos a la teta materna hasta cambiar el juego de muebles; desde pedir la primera bicicleta en la infancia hasta seguir determinada carrera profesional, es

para que nos quieran y, finalmente, para procurarnos felicidad. Freud describió bien clarito los impulsos de placer que buscan los niños, hablando de las etapas oral, anal, fálica, de latencia y genital. El asunto (y es lo que trataremos de desarrollar en estas páginas) es cuando la tan ansiada felicidad no se alcanza ni con la teta, ni con el juego de muebles ni cuando pudimos alcanzar ese título o esa profesión que tanto ansiamos en algún momento.

Primera pista: los psicólogos asocian la felicidad con el bienestar “subjetivo” y la concreción de los deseos: pero son ellos mismos que dicen “deseo cumplido, deseo muerto”. De hecho, entre tanta bibliografía, ensayos y artículos que recopilamos para este libro, ahora mismo estamos viendo la tapa de una revista, *Psicología*, que tiene como título: “SI SOMOS RICOS, ¿POR QUÉ NO PODEMOS SER FELICES?” (que bien podría haber sido nuestro título, también).

Hace pocos años, el libro *El secreto* batió récords de venta en muchísimos países, en el rubro llamado “Autoayuda”. ¿De qué se trataba *El secreto*? Según Wikipedia, “El libro describe la ley como la contabilidad de una potencia magnética que se emite a través de los pensamientos. El poder de los pensamientos se asemeja al poder en una torre de transmisión, que envía una frecuencia al universo y luego devuelve la misma frecuencia en una forma física o elemental” (¿?).

Por más que lo intentó, el autor de este libro no encontró a ningún profesional serio que pueda asegurarnos científicamente que esos postulados sean ciertos. Intentemos convencer a un médico con cierto grado de

profesionalismo que un paciente, por ejemplo con dolores crónicos, abandone el tratamiento (y hasta los analgésicos) para emitir potencias magnéticas a través de los pensamientos, para calmar el dolor físico permanente. Propongámosle a un psiquiatra –que atiende a un depresivo severo con sesiones terapéuticas, más algunas dosis de Clonazepan– que cambie su método de trabajo y le proponga al deprimido “enviar una frecuencia al universo”. Que nosotros sepamos, ninguna empresa importante, ante un masivo pedido de aumentos de sueldo, reunió a su personal para, todos juntos, incluso con los miembros del directorio, ejercitar los pensamientos positivos para lograr lo que no consiguieron los sindicatos.

Aclaración imprescindible: quien escribe estas páginas está convencidísimo de que existe una predisposición emocional que, de alguna forma, le pone un sello al destino de las personas. No cabe duda (y sobre esto sí sobran las evidencias) de que hay individuos que se enfermaron gravemente, y de inmediato, después de perder a un ser querido o de haber sido despedidos de sus trabajos. Incluso, hasta los cardiólogos reconocen que hay infartos entre personas sanas, que tenían bajísimo colesterol, arterias limpias y cero tabaquismo... pero sufrían algún tipo de angustia. Tampoco tenemos la mínima duda de que, si una persona se lanza, por ejemplo, a buscar trabajo, tendrá muchas más chances si sale de su casa llena de optimismo y segurísima de sus condiciones, que otra que salga pensando “quién le va a dar trabajo a un inútil como yo”. Es obvio que no está en discusión lo terapéutica que puede llegar a ser la predisposición anímica. ¿Quién lo podría negar? Otra

cosa muy distinta es suponer que la sola acción de una especie de gimnasia mental atraerá lo que estamos deseando. Aquel exitoso libro se basa en un proceso creativo de tres pasos para hacer manifiestos los sueños: pedir, creer y recibir. No parece muy complicado. Textualmente, sugiere:

1. PEDIDO: debes pedir lo que quieres. No hacen falta ni palabras. El Universo responde al pensamiento; aunque será útil si escribes lo que quieres en presente con el mayor número de detalles posibles. Por ejemplo: Yo soy... Yo tengo... Yo hago... Yo siento...

Esto puede y debe ser completamente divertido. Es como tener un catálogo y hacer tu pedido. Es así de fácil.

2. RESPUESTA: esta es tarea del Universo. Él lo hará por Ti. Todas las fuerzas del Universo responden a tu pensamiento y las cosas empiezan a colocarse.

Importante: muchos de nosotros no nos permitimos querer lo que de verdad queremos porque no sabemos cómo va a llegar. Pero esto no debería preocuparte. No necesitas saber cómo se reestructurará el Universo. Mucha gente a lo largo de la Historia ha conseguido infinidad de cosas sin saber cómo conseguir las. No sabes cómo, pero te será mostrado. Tú atraerás la forma. Pero sí debes saber lo que estás pidiendo y completar tu pedido.

El tercer paso puede adivinarse. La Ley de la Atracción se encargará de todo y entonces aparecerán casi mágicamente el amor, la fortuna o, al menos, un auto nuevo. Eso sí, en el punto 3 aconseja:

Debes ponerte en consonancia con lo que estás pidiendo. Cuando hay consonancia te sientes bien; tienes entusiasmo, pasión y agradecimiento. Pero si sientes desesperanza, miedo, ira, eso indica que no estás en consonancia con lo que estás pidiendo.

Ahí se complica la cosa. La idea, parece, es pedir bien. Los autores incluso sugieren, dado el caso de alguien que desea fervientemente un auto cero kilómetro de color rojo, conseguir alguna fotografía, al menos de una publicidad, y pegarla en un lugar bien visible (aparentemente la Ley de la Atracción ve muy bien que alguien exponga la imagen del objeto o persona deseada en una zona que pueda percibir apenas abra los ojos, al despertarse cada mañana). Un formato, para los autores de ese libro, de “Felicidad a la carta” con el que, por supuesto, no podríamos estar ni remotamente de acuerdo. Cuando aquel libro –antes de convertirse en un best seller hace poco más de diez años– se estaba promocionando, la editorial lo lanzó a la venta con una muy buena forma de difusión: en varios videos que circulaban por la red, personas de todo tipo, edad y nacionalidad, relataban una experiencia parecida, del tipo:

Yo no podía conseguir la prosperidad económica. Tuve varios trabajos, fundé varias empresas, pero

fracasaba repetidamente. Ya pensaba que la fortuna económica me sería esquiva toda la vida. Hasta que encontré El Secreto. Y hoy puedo decir, orgulloso, que soy una persona con una sólida cuenta bancaria.

Suponiendo que todos los testimonios fueran reales (que, honestamente, no lo parecían), ni en los videos y mucho menos en el mismísimo libro se explica, además de conseguir lo que se busca ansiadamente, cómo ser feliz con lo que se ha alcanzado.

EL AUTOR DE ESTE LIBRO QUIERE, ENTONCES, SER MUY SINCERO Y EXPRESARLO: EL BEST SELLER EL SECRETO ES UNO DE LOS LIBROS MÁS TONTOS QUE SE HAYAN PUBLICADO DESDE GUTEMBERG HASTA ESTOS DÍAS. DICHO ESTO CON TODO RESPETO POR QUIENES LO ESCRIBIERON, QUE HAN GANADO MILLONES DE DÓLARES POR DERECHOS DE AUTOR, AUNQUE NO NOS CONSTA QUE SEAN FELICES.
